



*Al otro lado  
del fuego*

# *Al otro lado del fuego*

Claudia Barzana

· LA EDUCACIÓN SENTIMENTAL ·



© Editorial Vestales, 2013

Dirección editorial: M<sup>a</sup> Mercedes Pérez

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales

Imagen de tapa: Archivo General de la Nación, Departamento de Documentos Fotográficos, Argentina.

Barzana, Claudia  
Al otro lado del fuego, 1.<sup>a</sup> ed., Buenos Aires: Vestales, 2013.  
320 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-1405-32-9

1. Narrativa argentina. 2. Novelas románticas. I. Título  
CDD A863

ISBN 978-987-1405-32-9

Hecho el depósito que previene la ley 11.723  
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*Nos creímos que unitarios y federales, desconociendo o violando las condiciones peculiares de ser del pueblo argentino, habían llegado con diversos procederes al mismo fin; el aniquilamiento de la actividad nacional; los unitarios sacándola de juicio y malgastando su energía en el vacío; los federales sofocándola bajo el peso de un despotismo brutal, y los unos y los otros apelando a la guerra.*

Esteban Echeverría, *Dogma socialista de la Asociación de Mayo:*  
*precedido de una ojeada retrospectiva sobre*  
*el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37.*

## PRÓLOGO

Ciudad de Buenos Aires, 1838.

**L**A PENUMBRA REINANTE EN LA BIBLIOTECA DE LA RESIDENCIA de Francisco del Carril lo envolvía con un manto de profundo desprecio hacia quien, en breve, entraría en la sala.

—Don Francisco, acaba de llegar el señor Charles Gale —le comunicó Ismael, el criado, anunciándole la llegada del perturbador visitante.

Al ingresar en la sala, el sirviente se dirigió hacia los amplios y pesados cortinados que vestían los ventanales del escritorio y los descorrió. Los últimos rayos del sol de la tarde iluminaron algunos de los objetos que decoraban la estancia.

—Ismael, a este visitante basta con que lo llame “Gale”. Lo de “señor” está de más —le señaló el patrón arrastrando las palabras.

Sentado con la espalda erguida sobre el respaldo del sillón, con las manos cruzadas sobre el frío cuero verde que revestía la mesa del escritorio y el rostro atravesado por la ten-

sión, esperó a que los pasos que retumbaban en el piso de madera se detuvieran y se acallasen.

Cuando Gale entró, le echó una mirada casi sin levantar la vista y se mantuvo en la misma posición, sin molestarse en ponerse de pie para darle la bienvenida.

—Si mal no recuerdo, teníamos una reunión —dijo el recién llegado una vez que Ismael se retiró.

—Así es. Cuanto antes cerremos la transacción, mejor.

—Respecto al precio —comenzó a decir mientras se sentaba en el amplio sillón de cuero marrón ubicado frente al escritorio—, supongo que estamos de acuerdo.

—¿Cree que ese monto se acerca al valor real que tienen mis tierras?

—¡Claro!

—El sarcasmo no le sienta nada bien.

—Le estoy ofreciendo el mejor precio que podrá obtener, Del Carril. Si usted tuviera una oferta mejor, no estaríamos reunidos.

—Sabe perfectamente que mi situación política me obliga a desprenderme de la propiedad. Aquí no hay lugar para un unitario como yo.

—El motivo por el cual usted se desprende de esta estancia me tiene sin cuidado —dijo Gale con el ceño fruncido—. Solo me limito a comprar algo que usted posee y que a mí me interesa.

—Querrá decir algo que me veo obligado a malvender antes de que me lo quite Rosas, como acostumbra a hacer con las posesiones de quienes no comulgan con sus loables ideales federales —agregó con tono sarcástico.

—Del Carril, esto es un simple negocio.

—Sin duda, como lo era aquel préstamo denegado, ¿no?

El silencio inundó la sala.

—Las cosas no fueron como usted cree.

—Ahórreme sus mentiras y vayamos a lo nuestro.

—¡Usted se equivoca!

—¿Le parece? Estoy convencido de que usted tuvo mucho que ver con lo que pasó hace un año en mi estancia —agregó con el rostro encendido mientras algunas gotas de sudor le rodaban por la frente—. Eso ha hecho que tuviera que rendirme ante su insistencia y me ha forzado a bajar el precio en forma considerable.

—No sabe lo que dice.

—No digo que usted mismo se haya ensuciado las manos provocando el incendio en mi campo. Es probable que se lo haya encomendado a esos indios salvajes con los que tan buen trato tiene —dijo con los ojos inyectados en sangre.

—¡Si va a insultarme, creo que no tenemos nada más que hablar! —exclamó levantándose de forma intempestiva.

Se dispuso a salir. Aunque estaba interesado en comprar la estancia, por su buena ubicación, no eran las únicas tierras bien ubicadas que había y no estaba dispuesto a tolerar que lo insultaran. Cuando estaba a punto de retirarse, escuchó la voz de Del Carril:

—Gale, no perdamos más tiempo —dijo con voz cansada.

Necesitaba el dinero, así que no tuvo más opción que serenarse. Sabía que la situación política imperante le impediría obtener un precio mejor. La gente a la que respetaba se encontraba en la misma situación que él, tratando de resolver qué hacer, y en lo que menos pensaban era en negocios. Por eso no les había ofrecido las tierras a ellos. Mientras gobernase Juan Manuel de Rosas, no había lugar en Buenos Aires para los que

pensaran diferente. El exilio era una realidad que afectaba a todos. Ya vería más adelante cómo recomponer los bienes y la posición social.

Gale se acercó al escritorio y se detuvo frente a él.

—Tome —dijo Del Carril, entregándole la documentación de la propiedad—. Si falta algo, comuníquese con el doctor Otero, él sabrá qué hacer. Es mi hombre de confianza.

Gale, a su vez, le entregó un sobre abultado con la suma de dinero que habían acordado.

—Antes de que se vaya, quiero que sepa que esta es la última vez que nos veremos —dijo Del Carril; se levantó del sillón y apoyó las manos sobre el escritorio con el cuerpo inclinado hacia adelante—. El desprecio que siento por usted y por su familia me acompañará mientras viva.

—Siempre es un placer hacer negocios con usted —respondió con tono sarcástico, mientras se dirigía hacia la puerta.

\* \* \*

Francisco del Carril se quedó en el despacho hasta después de medianoche. Agobiado por oscuros pensamientos, había vaciado la mitad de una botella de licor.

Elena ya no estaba allí para acompañarlo. La ausencia de su amada esposa lo acongojaba, lo corroía. Sabía que ella había muerto para salvar a Clara, la única hija de ambos. La pequeña no hacía más que mantener viva la memoria de Elena: era, a pesar de su corta edad, un fiel reflejo de ella.

Un año atrás, en contra de los pedidos de su mujer, había decidido trasladarlas a la estancia para evitar que alguna revuelta en la ciudad las pusiera en peligro. Cuando estuvieron instaladas, regresó a Buenos Aires para seguir luchando por

lo que tanto él como sus compañeros creían que era el camino que salvaría la nación.

Sin embargo, poco tiempo después, recibió la noticia de la muerte de su esposa y tuvo que volver al campo. Se torturaba preguntándose qué habría pasado si no las hubiera llevado allí, aunque sabía que nada lograba al hacerlo. No podía indagar día tras día aquello que no tenía respuesta. Elena ya no estaba y, con ella, una parte de él también había muerto. El licor se lo recordaba y lo hacía olvidar al mismo tiempo.

La pequeña Clara, al otro lado de la casa, revivía en sueños la noche del incendio con una de sus pesadillas:

La noche estaba sumida en el silencio más ahogado y profundo de su inmensidad. Era pura quietud. Una leve brisa que corría a través de las cortinas blancas las movía al compás de las bocanadas de aire cálido que entraban por los amplios ventanales. Desde allí se podía observar el cuidado jardín que pertenecía al campo de la familia.

Clarita, como la llamaba su madre, de tan solo tres años de edad, intentaba dormir en uno de los dormitorios de la finca. Algo la inquietaba, aunque era muy pequeña todavía para darse cuenta del peligro que acechaba. Sin embargo, daba vueltas en la amplia cama sin poder conciliar el sueño. Era una noche especial. La niña le había pedido a la madre dormir sola en una de las habitaciones de adultos en lugar de hacerlo en el cuarto de siempre junto a los juguetes. Solo la acompañaba Jacinta, la muñeca de madera que había pertenecido a su madre. Para la pequeña era toda una aventura estar en un cuarto alejada del cuidado maternal.

De repente, un aroma extraño se filtró en la habitación y comenzó a fundirse con las oleadas de aire cálido. De a poco, una nebulosa grisácea fue envolviendo el ambiente, le dificultó

la respiración. Tenía la garganta seca. Las corridas en el pasillo resonaban en la madera que lo revestía. Los gritos eran cada vez más fuertes. La niña se levantó de golpe con el largo camión de lino blanco enroscado alrededor del cuerpo. Los bucles oscuros se acomodaron a medida que se iba incorporando. Atravesó la distancia que la separaba de la puerta y se le cayó la muñeca, que rodó hacia la ventana. El picaporte de metal le quemó las manos y oyó sus propios gritos. El terror la invadió. El humo se propagaba por la estancia con suma rapidez. Corrió hacia la ventana y vio que de las vaporosas cortinas blancas emanaban lenguas de un fuego tan intenso que parecía a punto de devorarla, como ya lo había hecho con Jacinta. Con la poca fuerza que le quedaba, gritó llamando a su madre.

Tomó la almohada para intentar cubrirse de ese humo y ese calor que la agobiaban. De repente, la puerta cayó. Su madre apareció con los brazos extendidos y una manta verde. Solo se miraron. Las gargantas de ambas habían enmudecido. Los sonidos de la desesperación se les dibujaron en los rostros.

Clarita se arrojó a los brazos de Elena, quien la cubrió con la manta y atravesó como una flecha la habitación para lanzar a la niña por la ventana. Aunque todo comenzaba a convertirse en cenizas, el marco de la ventana aún se mantenía en pie. Los cristales estaban diseminados por el piso que empezaba a arder. El calor que sentía en los pies delataba la masa de fuego en que se estaba transformando la estancia. Aquella casa, que había sido un reducto de sosiego, se había convertido en una trampa mortal.

Todo fue tan rápido que Clara no tuvo tiempo de reaccionar. Mientras caía, vio el rostro de su madre a través de las llamaradas. Pedro Guzmán, el capataz de la estancia, la atrapó

en brazos antes de que cayera. En cuanto comprobó que se encontraba bien, la colocó debajo de un árbol alejado de la casa.

De a poco la respiración se le fue normalizando, mientras lágrimas silenciosas le caían por las mejillas. No sabía cómo estaba su mamá. Entre las largas sombras que salían de los verdes arbustos, asomó una imagen. Una mirada se fijó en ella y vio una cabeza que asentía ante el espectáculo de las llamaradas danzantes. Un rostro que se desvanecía una y otra vez.